

Las palabras y los reclusos

Fugas de tinta. Crónicas, cuentos y testimonios escritos desde la cárcel

JOSÉ ZULETA ORTIZ Y CRISTIAN VALENCIA (edición)

Red de Escritura Creativa (Relata),
Ministerio de Cultura, Bogotá, n.ºs 6-12,
2013-2019.

ENTRE FEBRERO de 2013 y finales de 2019, el programa Libertad Bajo Palabra recibió cientos de historias reales y de ficción que fueron escritas en las cárceles departamentales y municipales de Colombia, desde la agitada cárcel La Modelo en Bogotá hasta el lejano establecimiento penitenciario de Leticia. Durante esos ochenta y pocos meses los textos no dejaron de llegar ni un solo mes, ni siquiera cuando sus autores tuvieron que sortear el traslado inesperado de un centro penitenciario a otro por disposición del Inpec, cuando los amotinamientos los llevaron contra las cuerdas, o cuando recibieron la novedad de la visita dominical.

En efecto, en la primera antología de este programa de lectura y escritura creado por el poeta José Zuleta Ortiz (1960), y que ha contado con el espaldarazo del Ministerio de Cultura, se recopilaron una veintena de relatos transgresores y sentidos como “Transacciones entre patios” o “Risas desesperadas”. En la recopilación de 2006, se incluyeron anécdotas y testimonios que exploran la condición humana en su unidad y continuidad orgánicas, en los que la persona, el *individuo*, abre su corazón como una especie de vitrina de balances y trayectos vitales. Se crearon textos que aluden a la culpa existencial o aceptan con estoicismo la conciencia del encierro obligado. “Del otro lado de la realidad” o “Entre sangre y fango” dejan ver la voluntad y el dolor de hombres y mujeres que pertenecen a nuestra sociedad y son espejos de todos.

Los textos puntuales de 2013 al 2019 están en siete ediciones de *Fugas de tinta*, colección publicada por el Ministerio de Cultura, la Red de Escritura Creativa (Relata) y el Taller de Edición Rocca. Estos siete libros, sin

ser exagerado, son de lo mejor que le ha pasado al fomento de la escritura en el país y al mundo editorial de los últimos años. Hasta esta publicación, los espacios carcelarios circulaban en la opinión pública a través de reportajes crudos y crueles, y muchas veces falaces, en programas de Caracol o RCN Televisión, o videos de YouTube francamente insoportables.

Un lector afanado puede ser desconfiado y buscar nada más que el rastro de algún delito o una vida delictiva que termina de torcerse tras los muros de las prisiones. Dudará del sello indeleble de lo verdadero, de lo fundamental, como escribió Cristian Valencia en el prólogo al número 12 (2019). Lamento decirle que no es así, amigo lector. Aquí no hay atajos. La humanidad vive en cada una de las líneas de esta recopilación palpitante y desgarradora.

El primer tomo (2009) recoge trabajos literarios realizados en las cárceles del Bosque en Barranquilla, Bellavista de Medellín, la Colonia Agrícola de Acacías en el Meta, la cárcel Modelo de Bucaramanga, la cárcel de Palmira en el Valle y la del Buen Pastor en Cali. Aquí la cosa nos deja de una sola pieza: uno se encuentra con textos que conservan la naturalidad del lenguaje usado por los autores y que componen frases como esta: “Sigo aquí, lejos de los seres que más amo, que por cierto ya se cansaron, como dirían en el dicho carcelario, se cansaron de marchar igual, ya se acostumbraron a vivir sin mí” (p. 75). O como esta: “Tal vez mañana me arrepienta de lo que hoy escribo pero es mi soledad la que habla y es la tristeza el motivo de esta inspiración” (p. 88). O como esta: “Cada día es igual al anterior, cada mañana, aparecen los reconocidos rostros, cabellos enredados, otros indios, ojos tristes y ojos agresivos” (p. 85). La situación más cotidiana o más humilde queda como testimonio de un mundo y una realidad difíciles, pocas veces narrados, que no necesita la ayuda de algún intermediario (un periodista, un *ghostwriter*), pues la voz que cuenta es la de los propios protagonistas. Y, por esas mismas condiciones, resulta increíble la cantidad de vida que hay en estas páginas, la cantidad de humanidad que haría llorar al más fuerte.

Estos siete libros –suman 3.226 páginas– también muestran a los lectores

afanados los procesos creativos elementales y poderosos, así como el sentimiento y la sensibilidad que conectan el pasado y el presente de los internos que participaron en los talleres de escritura creativa, pues estos les aportan cierto sentido de historia y continuidad en un escenario áspero y turbulento. Como decía Gaston Bachelard, hay lugares que son un tiempo. Les ocurre a quienes están privados de su libertad (también a los secuestrados): no cambian de lugar y su tiempo no transcurre.

Quizás esta certeza elemental lleva a los internos a lanzarse a la escritura como catarsis sin engaños ni poses. La vida no se interrumpe cuando se está trabajando con la literatura; al contrario, adquiere relieve, intensidad e inteligibilidad cuando se lee y se escribe. Se vive más, se siente más. Es un marco de sentido y una certeza filosófica. Lo demás son las condiciones reales en las que estos textos fueron escritos: pequeños oasis en la mitad del caos.

Los números 11 y 12 (2018 y 2019) recogen algunos textos reflexivos. Frente a nuestros ojos sentidos por el relieve de la vida, estos autores pasan de afligidos por sus errores a reseñistas de vida cotidiana, y de ahí a estudiosos con ánimo de divulgadores científicos. Qué tal este: “Un ojo, dos ojos, tres ojos, cuatro ojos [...] miles de ojos acechantes en la selva humana”. Más adelante nos muestra el marco de sentido de esta reflexión:

Te acercas a tu víctima creyendo que nadie te está viendo, disparas y emprendes la huida, suena la sirena que tiene ojos por todas partes y te detienes con las manos en alto; desde la esquina ves al que te señala con el dedo. El ojo seco de las cámaras de la calle mira sin parar, también los ojos escondidos de los almacenes y las tiendas que hay en el recorrido de la huida. Sé que mi imagen está en la memoria de los computadores. Es el ojo grande de Foucault que me persigue sin parar, porque hay que “vigilar y castigar”. (p. 253)

O este:

Dentro de estos avances (científicos) hemos llegado al espacio sin el temor de conocer a Dios. Para mí la ciencia y la tecnología son algo así como el ojo de Dios. Es decir, que

RELATOS		RESEÑAS
<p>cuando ingresamos a ellas, ya somos su presa. A través de la tecnología todo se sabe. Y surge otra pregunta: ¿estaremos evolucionando en la dirección correcta? (p. 247)</p> <p>Cierra su cavilación con un plumazo ingenioso: “Dios, cómo extraño a Gustavo Cerati”.</p> <p>Hay patrones comunes a los autores y sus textos, las decisiones narrativas antes de empezar a escribir o el colofón de los talleres impartidos cada semana en las prisiones. Por ejemplo, los textos de las cárceles de Leticia exploran el esplendor de la selva, el ecosistema de especies nativas y hombres mezuquinos que encuentran (o pierden, vaya uno a juzgar) el rumbo de su vida en medio de vasos de chuchuhuasi y uvachados y espíritus sagrados. Los textos de los internos del Valle del Cauca están marcados por la fijación corporal y la exuberancia de los cuerpos, el baile y el sexo; el ritual de salsa, moteles, uniones y separaciones devienen en una trampa en la que todos quisieran caer de nuevo. Los textos escritos en Medellín tienen como telón de fondo la violencia del narcotráfico y la lucha territorial que destaca el arrojo, la admiración y la buena puntería de sus autores. En los textos costeños, es constante el reconocimiento de la pasión vital y la belleza; también la arremetida del paramilitarismo, el contrabando y las bandas delincuenciales. Pocas antologías nos hacen ver tan bien quiénes somos los colombianos como <i>Fugas de tinta</i>, y textos como “Tamacú”, “El reservado de Lulú” o “¡Desde adentro!” sirven para comprender la realidad y entender la forma de estar en el mundo.</p> <p>Los seres humanos somos los relatos que hacemos de nosotros mismos, los recuerdos que se filtran por el tamiz de la memoria y que hacemos conscientes. Por ejemplo, Gabriel García Márquez en su autobiografía <i>Vivir para contarla</i> (Literatura Random House, 2014) alude a los juegos del lenguaje y de la memoria, y concluye que “la vida no es la que uno vivió sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”. Los relatos nos susurran al oído quiénes somos; la escritura de cada uno de los textos incluidos en esta antología les recuerda a los internos dónde han resbalado o caído.</p>	<p>Los relatos que los internos cuentan en estos siete tomos, bien como ficción, crónica, poema o testimonio, les permiten atravesar la distancia infranqueable de lo que fueron, y son el anuncio de lo que pueden llegar a ser.</p> <p>Ninguno de los tomos, pues, nos deja indiferentes. Los siete están disponibles en las bibliotecas públicas del país o en el portal del Ministerio de Cultura. Si se piensa bien, es poco el esfuerzo que se requiere para acceder a relatos profundos y reveladores de esta encrucijada de destinos que es nuestro país. Quizás en esta colección tenemos el inesperado privilegio de ver el mundo a través de los ojos de hombres y mujeres intensos y sensibles que solo anhelan ver la luz del día.</p> <p>Y, finalmente, no quiero pasar por alto el trabajo de los directores de taller, del programa Libertad Bajo Palabra, que ayudaron a dar forma a las narraciones incluidas en esta colección. Gracias a ellos, a su paciencia, persistencia y pasión, cientos de internos de las cárceles de nuestro país encontraron un cauce más. La literatura habla de los coñazos de la vida, y esta colección es una lista de vapuleados. Mencionaré algunos: Víctor Andrés León Castiblanco (Amazonas, n.º 9), Albeiro Flores (Antioquia, n.º 10), Antonio Silvera Arenas (Atlántico, n.º 11), Luis Alberto Murgas Guerra (Cesar, n.º 11), Norwell Calderón Rojas (Cúcuta, n.º 6), Betuel Bonilla Rojas (Neiva, n.º 6), Cristian Valencia (Bogotá, n.º 12), Paola Martínez Acosta (Popayán, n.º 12) y Johanna Marcela Rozo (Norte de Santander, n.º 9), entre otros.</p> <p style="text-align: right;">Fernando Salamanca</p>	